

REVISTA
DE
SANTIAGO.

DIRECTORES

FANOR VELASCO I AUGUSTO ORREGO LUCO

1872—1873

TOMO III

NUMERO I.

JULIO 1.º

LIBRERÍA CENTRAL
DE AUGUSTO RAYMOND
Calle de Huérfanos

IMPRENTA NACIONAL
CALLE DE LA MONEDA
Num. 46

SANTIAGO

REVISTA

SANTAGO

DIRECTOR

EDITOR

1873-1878

TOMO III

NUMERO I

JULIO 73

IMPRESA EN LA TIPOGRAFIA
DE LA REVISTA

EDITORIAL GENERAL
DE ABUGTO RAYMOND
Y CIA DE SANTIAGO

SANTIAGO

LA COLEJIALADA

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO

PERSONAJES

DOÑA PASCUALA	PANCHO
DON TIBURCIO	FERMIN
AGUSTINA	JOSEFA
BEATRIZ	

La acción pasa en los baños de Colina. —El lugar de la escena representa un cuarto pobremente amueblado, con una puerta lateral, i otra en el fondo que da a un patio exterior.

ESCENA I.

BEATRIZ.

¿Habría mayor desgracia que ser engañada por el hombre a quien una ha dado su fé i su amor? Ah! Fermin, nunca habria creído de ti tal cosa! ¡Ingrato! Cuán mal has pagado mi cariño! Pero pronto vendrá, i yo tendré siquiera el gusto de echarle en cara su falsía. Decirme, i no solo decirme, sino jurarme que me amaba, i a renglon seguido hacerle las mismas protestas a mi prima Agustina..... Ya se vé! Ella es una mujer rica, i yo una pobre huérfana, sin otra proteccion que la de mi tio... Pero alguien se acerca..... Él es... Dios mio! dadme fuerzas para conducirme como debo... Voi a reprenderlo, a confundirlo, a anonadarlo, bajo el peso de mis.....

ESCENA II.

BEATRIZ.—FERMIN.

Fermin.—Aquí estoy, mi querida Beatriz. En cuanto llegó la hora que me fijaste, me he venido corriendo a llenarme de dicha con tu vista.

Beatriz.—(Falso! qué bien sabe mentir! No sé como principiar a decirle...)

Fermin.—Por fortuna, alma mia, podemos hablar un largo rato, puesto que tu tia está en el baño.... Pero nada me dices tú, Beatriz. ¿Qué es esto? Cuando deseoso de verte i lleno de amor vengo a recrearme con tu presencia, creo que me es permitido alimentar la dulce esperanzá de que tú tambien me recibas con alegría.

Beatriz.—Es natural que así sucediera ayer; pero hoi.....

Fermin.—I por qué no hoi? Ha cambiado, por acaso, tu corazon?

Beatriz.—Hazle esa pregunta al tuyo, Fermin. (No me atrevo a romper con él, i sin embargo)...

Fermin.—Pues te diré, Beatriz, que mi corazon me está diciendo, a todas horas, que te ama; que solo por tí late, i que goza i sufre solamente por ti.

Beatriz.—(Ya es tiempo)! Sin embargo, Fermin, eso mismo le dices a Agustina, segun lo acabo de ver en unas cartas que por casualidad he descubierto.

Fermin.—Has visto esas cartas? Já! já! ja!! Yo te diré...

Beatriz.—Te ries? ¿Cómo te atreves a agregar el cinismo a la falsía? Esto es infame.

Fermin.—Beatriz, óyeme...

Beatriz.—Sí, infame: yo me avergüenzo de haberte dicho que te amaba....

Fermin.—Esto es ya demasiado. Escucha, por Dios!

Beatriz.—Nada tengo que escuchar. Desde hoi quedan cortadas nuestras relaciones.

Fermin.—Perdóname. Beatriz querida, i deja que te lo explique todo... En primer lugar, te diré que no solo a Agustina he dirijido cartas de amor.

Beatriz.—Entónces hai otra mujer todavía, que...

Fermin.—Sí; tu tia doña Pascuala; pero ha sido por.....

Beatriz.—Tambien mi tia! Gran Dios!

Fermin.—Óyeme, i no te exaltes.

Beatriz.—Que no me exalte despues de tan horrible traicion? Te digo que no quiero oir nada, porque ya he visto lo bastante para saber que eres un hombre sin fé.....Habiéndome sacado clandestinamente de mi baul las cartas tuyas que yo allí tenia guardadas, le eché la culpa a Agustina, i rejistrando su baul, encontré el paquete de las dirigidas a ella, pero no hallé las mias... Apesar de esto, creo que Agustina es la ladrona, i sin duda ha sacado el paquete con el fin de mostrárselo a mi tio Tiburcio, a quien han hecho un propio a Santiago, llamándolo con mucha prisa... Mire Ud. todo el mal que me ha hecho, caballero, porque sin los celos de Agustina no me habria sucedido esto...; Ahora comprendo por qué ella i mi tia Pascualita están tan enfadadas conmigo!

Fermin.—Pero ya te he rogado que no te exaltes: yo te lo esplicaré todo.

Beatriz.—Le repito a Ud., señor don Fermin, que no tiene que esplicarme nada. Yo lo he amado a Ud. con lealtad, porque lo creia un caballero leal: ahora que veo su doblez, me arrepiento de mi necia credulidad. Desde ahora no hai nada de comun entre los dos. Devuélvame Ud. mis cartas, que en cuanto yo obtenga las tuyas, se las daré a Ud. A Dios.—(*Se va llorando.*)

ESCENA III.

FERMIN.

I se va, dejándome en la desesperacion! Se va sin haber querido oirme! Esto es horrible... Pero necio de mí! Yo he tenido la culpa de todo...; Por qué no la advertí ántes?

ESCENA IV.

FERMIN.—DON TIBURCIO.—PANCHEO.

Pancho.—¡Qué cansado vengo, tio de mi alma! ¿Para qué nos habrá enviado a llamar mi tia con tanta prisa?

Don Tiburcio.—Para alguna de sus necias ocurrencias... Esta Pascuala ha sido siempre lo mismo: un chiquillo grande.

Pancho.—¡Pobre tia Pascualita! Pero qué veo all.? ¿No es Fermin Calaveron?

Fermin.—Él mismo en cuerpo i alma, mi querido Pancho. ¿Cómo estás?

Pancho.—Bueno, mi amigo; ¿i tú? ¿Cómo te va?

Fermin.—Así, así... regular.

Pancho.—¡Qué buenos días vamos a pasar aquí en los baños! Ven, que te voi a presentar a mi tio... (*A don Tiburcio*) Aquí tiene Ud. a mi amigo i condiscípulo Fermin, hijo de aquel don Sebastian Calaveron que iba a casa ¿no se acuerda, tio?

Don Tiburcio.—Vaya si me acuerdo! como que Sebastian era íntimo amigo mio. ¿Es Ud. su hijo, eh?

Fermin.—Sí, mi señor don Tiburcio, un servidor de Ud.....

Don Tiburcio.—I yo lo soi de Ud., amiguito, en cuanto pueda serle útil.

Fermin.—Muchas gracias, señor: en cuanto a mí, agradezco a mi buen amigo Pancho el que me haya proporcionado la ocasion de poder presentar a Ud. mis respetos.

Don Tiburcio.—(¿Qué tiempos estos! los muchachos de hoi parecen hombres!) Yo tambien celebro conocer al hijo de mi difunto amigo Sebastian, a quien tanto quise.... No dudo que Ud. habrá heredado las buenas cualidades de su honrado padre.

Pancho.—Vaya, tio! Fermin es el mas buen muchacho de todo el colejio...Diablo, como él solo... eso sí: pero mui buen amigo, jeneroso, de talento, i el primero en sus clases.

Fermin.—(*A Pancho*) Calla, hombre.

Pancho.—No hede callar, o ya lo verás... Es cierto, tio, que Fermin no estudia casi nunca; pero, al fin del año se lleva todos los premios.

Don Tiburcio.—(*Maliciosamente*) ¿I el premio de comportacion tambien?

Fermin.—No le crea a Pancho, señor don Tiburcio.

Pancho.—El de comportacion, nó, tio, porque ese es para el mas tonto de todos.

Don Tiburcio.—¡Qué muchacho este! Pero yo me estoi entreteniendo demasiado en charlar aquí..... Quédate tú, Pancho, con tu amigo, i platica con él, miéntras yo voi a ver si encuentro a mi hermana.

Fermin.—Está en el baño, señor.

Don Tiburcio.—Pues la voi a esperar allá mismo, porque quiero despacharme pronto.—(*Vase*)

ESCENA V.

DICHOS, MÉNOS DON TIBURCIO

Pancho.—Con que, hombre, cuéntame como te vá, i qué haz hecho en estos días. ¿Están divertidos los baños? ¿Hai muchachas? ¿Se jaranea de noche? Han mandado buscar a las harpistas de la Cabritería?

Fermin.—No me lo preguntes todo de repente, porque me será imposible contestarte.

Pancho.—Pues entónces, vamos por partes, i dividamos la cosa en capítulos, como un tratado de filosofía, principiando por el párrafo que mas te interesa. ¿Cómo has pasado estos días?

Fermin.—Lo he pasado lo mas endiabladamente bien que puedes imaginarte.

Pancho.—Te entiendo tanto como las lecciones de álgebra que nos hicieron estudiar a *fortioribus* el año pasado.

Fermin.—Quiero decir que todo ha sido una mezcla de dicha i amargura, de sinsabores i de placeres.

Pancho.—¡Magnífico! Yo soi por los contrastes, amigo mio: es imposible gozar de otro modo... La monotonía me mata... Por eso es que cuando estoi queriendo a una rubia, me gusta alternar con una morena...

Fermin.—Para que puedas juzgar por tí mismo, voi a decirte lo que me sucede.

Pancho.—Te escucho como un confesor. Dí tus pecados, hijo mio.

Fermin.—Ántes de todo, Pancho, te diré que yo amo a tu hermana Beatriz.

Pancho.—Sí, hombre?

Fermin.—Desde que la ví por la primera vez no he vivido sino para pensar en ella. Te pregunto ahora ¿querrías tú tenerme por hermano?

Pancho.—(*Abrazándolo*) Con toda mi alma, amigo mio.

Fermin.—I tu tio aprobaria nuestra union?

Pancho.—Creo que sí, porque fué mui amigo de tu padre... i ademas, porque, segun he conocido ahora, le has gustado... Pero dime: ¿Beatriz te ama? porque ya sabes que esto es lo principal.

Fermin.—Hasta ayer me amaba; pero hoi...

Pancho.—Han principiado a pelear ya? Buena seña.....

Fermin.—Es que solo has oido la parte buena de mi vida en Colina.

Pancho.—Cuéntame ahora la mala.

Fermin.—Ya te digo que desde que ví llegar a tu hermana, quedé perdidamente enamorado de ella, i, como debes suponerlo, traté de hablarla para saber si podia tener esperanzas de ser correspondido. Quiso mi buena suerte que entónces hubiese una tertulia entre los concurrentes a los baños; i allí nos esplicamos, i nos comprendimos. Híceme presentar a tu tia doña Pascuala, con el fin de seguir visitando al objeto de mi amor; pero léjos de conseguir nada, fué todo lo contrario...

Pancho.—Se opuso mi tia?

Fermin.—I no solamente ella, sino tambien su hija Agustina, quien no me dejaba acercarme a Beatriz.

Pancho.—De veras?

Fermin.—Como te lo digo. Aquello era insoportable: i luego, la frialdad con que me recibian, era de hacer desesperar al mas paciente. No te digo mas sino que habia muchas noches en que principiaban a bostezar tempranito para que me fuese.

Pancho.—Qué descortesía!

Fermin.—Figúrate cómo estaria yo, hombre de Dios.

Pancho.—Ya me lo figuro, con aquellos duos de bostezos: sienta no haber estado aquí.

Fermin.—Entónces se me ocurrió poner en práctica una idea.

Pancho.—¿Cuál? ¿Qué idea?

Fermin.—Cortejar a la señora Pascualita, i al mismo tiempo a su hija Agustinita.

Pancho.—Ja! ja! ja!! Pero ¿cómo podias hacer eso, cuando la una es tan vieja i la otra es tan fea?

Fermin.—Ya veras tú por esto cuán poderoso es el amor. Yo me dije a mí mismo: todo en este mundo, mas quiere maña que fuerza.

Pancho.—I conseguiste engañarlas?

Fermin.—Se enamoraron tan perdidamente de mí, que cuando quise volver atras, ya no era tiempo; tu tia principalmente no hallaba a dónde ponerme, i desde entónces le principiaron a parecer cortas mis visitas, así como a su hija.

Yo pasaba mi purgatorio con paciencia, con tal de ver a Beatriz.

Pancho.—I sabia mi hermana tu proyecto?

Fermin.—No me atreví a decirle una palabra.

Pancho.—I han llegado a cartearse?

Fermin.—Con las tres, hombre.

Pancho.—Con las tres? Pues está gracioso! De manera que has tenido trabajo triplicado.

Fermin.—Así es, Pancho. ¡Si tú supieras cuántos cuadernillos de papel he borroneado en esta semana! No obstante trabajaba yo con paciencia, esperando que los tiempos se mejorasen, cuando héte aquí que, hace poco rato, Beatriz misma vino a darme calabazas.

Pancho.—Eso ha habido?

Fermin.—I con ají, hombre, porque de buenas a primeras, me cubrió de quejas i de dieterios, diciendo que ya nada habia de comun entre los dos.

Pancho.—Por qué? No estará celosa?

Fermin.—Así es: ella ha encontrado mis cartas a Agustinita.

Pancho.—Caramba! La cosa se encrespa.

Fermin.—I esto fué buscando las tuyas, porque, segun me dijo, le habian robado del baul el paquete.

Pancho.—Peor que peor! Mas yo la hablaré luego, i se arreglará todo.

Fermin.—En tí pongo mi esperanza, Pancho. Dile que mi amor por doña Pascuala i su hija no ha sido mas que una farsa i un medio para acercarme a ella, que es la única mujer a quien puedo amar.

Pancho.—Todo eso i mucho mas le diré.

Fermin.—I que, por consiguiente, no me resuelvo a devolverle sus cartas, porque espero que tus esplicaciones la satisfarán.

Pancho.—Mui bien. Ahora otra cosa: ¿no me dijiste que le habian sustraído tus cartas a Beatriz?

Fermin.—Así ha sido. Yo creo que doña Pascuala i su hija deben estar furiosas conmigo.

Pancho.—Es claro. Sin duda alguna que deben haber llamado a mi tí para presentarle el paquetillo acusador de Beatriz.

Fermin.—Es menester encontrarlo de todos modos, para.....

Pancho.—No hai que hacer tal cosa...(*Reflexiona*) Estoy masticando una idea.....

Fermin.—Oigámosla.

Pancho.—Despues lo sabrás, hombre. Las ideas son como las

frutas, segun dijo no sé quién. Antes de cojerlas es preciso dejarlas madurar... Ah! ya estoi. Tú me has dicho tambien que Beatriz encontró el paquete de mí tia?

Fermin.—Nó; sino solamente el de Agustina.

Pancho.—Pues de todos modos, es menester robar los tres paquetes.....

Fermin.—Nada mas fácil, teniendo las llaves de los baules, porque tu tia i tu prima están en el baño.

Pancho.—Yo no necesito para eso sino de las llaves de Beatriz... todas las de los baules se parecen, i tú sabes cuan lince he sido en el colejio para abrir baules, i robar cuanta pera i manzana en ellos habia i poner en su lugar piedras, pedazos de ladrillo... Voi corriendo.....

Fermin.—Pero, oye, Pancho. Qué piensas hacer?

Pancho.—No hai tiempo para esplicaciones... Quien no sabe aprovechar el tiempo no merece que se le ocurran ideas. Esto no es mas que una colejialada.

Fermin.—Ya vas a hacer alguna de las tuyas.

Pancho.—Déjalo todo a mi cuidado, hombre cobarde! ¿Qué se hizo tu antiguo atrevimiento de colejial?

Fermin.—Pero yo quisiera saber.....

Pancho.—Vaya, pues, te diré la cosa en globo, sin perjuicio de modificar la idea en la práctica. Oye. Voi a verme con Beatriz; le esplico en un santiamen todo lo que hai; entre los dos robamos los tres paquetes, i juntitos se los presentamos a mi tio en caso oportuno, para que, como el pastorcillo aquel, decida la cuestion entre estas tres Gracias. A Dios.—(*Vase*).

ESCENA VI.

FERMIN

I lo hará como lo dice, porque a este Pancho no se le escapaba baul en el colejio. Pero ¿qué resultará de todo esto? Allá lo veremos i tomaremos las cosas segun nos vengán encima. De todos modos, es preciso estar alerta... Aquí vienen; ellos son, sin duda, porque oigo la voz de doña Pascuala... Maldita vieja, que me ha hecho pasar por el sacrificio de cortejarla!... Yo me marchó por este otro lado (*Vase*).

ESCENA VII.

DON TIBURCIO—DOÑA PASCUALA—AGUSTINA.

Doña Pascuala.—Como te lo digo, Tiburcio: es preciso llevar a Beatriz hoy mismo para Santiago.

Don Tiburcio.—Pero mujer de Dios, si en todo cuanto me has dicho no hallo motivo alguno para tomar esa repentina resolución!

Doña Pascuala.—I te parece poco todavía! Sin embargo, te he dicho lo bastante para que obres como un ríjido tutor con esta atrevida muchacha. Tú tienes, Tiburcio, la culpa de todo, porque la has dejado hacer siempre lo que a ella se le antoja.

Don Tiburcio.—No digas eso, Pascuala.

Doña Pascuala.—Sí! (*parodiando*) ¡No digas eso, Pascuala! I no obstante se le están echando de ver los resabios i las costumbres libres en que ha vivido. Ave Maria! (*se santigua*) Si tú la hubieras educado, como yo a ésta (*mostrando a Agustina que está con los ojos bajos oyendo la conversacion*), por ejemplo, otro gallo te cantara... Pero criada así como ésta, a todo lo que dá la cuerda, sin haberle ido nunca a la mano, segun Dios manda, es inaguantable.

Don Tiburcio.—No hables así de tu sobrina, mujer.

Doña Pascuala.— Mi sobrina!

Es cierto que lo es, i no puedo remediarlo; pero yo reniegó de las sobrinas que me desacreditan con su conducta *libertosa*... Hoy tiene un galán; mañana tendrá dos, i quien sabe lo que sucederá allá, al freir de los huevos.

Agustina.—(No me ha encontrado mis cartas, sin duda) I luego, mamita, que si ella se hubiese enamorado de otro hombre de mas mérito, vaya con Dios: pero prendarse de un mozo como el tal Fermín Calaveron!

Doña Pascuala.—Eso es: Agustinita dice bien. Nada tendria de particular que se hubiese prendado de un hombre de pró, porque, al fin i al cabo, las mujeres somos para casarnos como Dios manda, i es en lo que todas venimos a parar. Todo esto es santo i justo; pero, Tiburcio de mi alma, no me cabe en la cabeza que esta desconsiderada haya puesto los ojos en el tal Calaveron...Nó, hermanito mio: yo no quiero tener a mi cargo muchachas que andan con miraditas de alfeñique conquistando mozuelos...Esto no está

en mí, ni tales complacencias entran en mis principios. Yo soi muy ríjida!

Don Tiburcio.—Pero atiende, Pascuala, a que Calaveron es un buen partido para mi sobrina.

Doña Pascuala.—Buen partido, un mozo que no tiene donde caerse muerto!

Don Tiburcio.—Pero su saber, su conducta.....

Doña Pascuala.—Su conducta! Si tú supieras que informes me han dado de él! Es un... pero hai oídos castos (*mostrando a Agustina i acercándose al oído de don Tiburcio*). Es un libertino, un tunante de primeras! Ya te digo que no puedo consentir que mi hija esté viendo tales ejemplos. Ahora mismo te has de llevar a tu pupila, que sabe Dios cuántos cargos me habré echado ya encima... Ni puedo consentir tampoco en que me falte al respeto... Bien pudiera aprender de Agustinita, que jamás ha dado que hablar a alma nacida.

Agustina.—Gracias a Dios, yo nunca ando con esas, ni nadie tendrá que decir.....

ESCENA VIII.

DICHOS.—BEATRIZ.—PANTO.

Panto.—(Qué gracia, prima mia, cuando eres un verdadero espanta-hombres!) Buenos días, tia.

Doña Pascuala.—Aquí está la santita con sus ojos bajos... Se hace la muertecilla, i bien parece que no fuera capaz de quebrar un huevo. Pero yo no metiera por ella las manos, ni aun a la ceniza, no digo al fuego.

Beatriz.—(Llorando. *Se echa en los brazos de don Tiburcio*). Mi querido tío!

Don Tiburcio.—Ven a mis brazos, pobre huérfana!

Beatriz.—He oído todo cuanto acaba de decir mi tia; i ya verá usted que yo no puedo quedarme aquí por mas tiempo.

Doña Pascuala.—I no te quedarás.

Agustina.—A ménos que no quiera quedarse con.....

Doña Pascuala.—Ya sé lo que quieres decir, hija mia!... con su novio. ¿No es esto? (*A Beatriz*). Mira como tu prima ni aun se atreve a hablar de estas cosas... Ya se vé! Ha tenido una madre a quien imitar, mientras que tú... Pero callemos, porque a mí no me

gusta hablar de las faltas de nadie, sino cuando la caridad me lo manda, para que el pecador se corrija.

Don Tiburcio.—No hagas caso, Beatriz de lo que tu tia dice... Cálmate; no llores. Pronto saldremos de aquí.

Doña Pascuala.—Que no haga caso de lo que yo digo? Esos son los consejos que das a tu pupila.

Don Tiburcio.—(Qué mala yerba habrá pisado esta mujer?) Pero, mira, Pascuala, que.....

Doña Pascuala.—(Parodiando) ¡Pero, mira, Pascuala!... Mejor fuera, hombre sin conciencia, que le enseñaras a tener temor de Dios, i a ser modesta i recatada, como yo he educado a mi Cuchita, que, no es porque yo lo diga, jamás anda con miradas atrevidas i desenvueltas... ni en su vida ha recibido el menor papelito siquiera, como otras que conozco.

Beatriz.—Pero ¿por qué dice eso, tia, por Dios, cuando siempre me he portado con usted como la mas respetuosa de las hijas? I en cuanto a lo demas de que usted ha hablado, nadie tendrá que echarme en cara nada que pueda herir mi delicadeza.

Doña Pascuala.—Eso lo dices tú porque talvez no sabes que tengo pruebas.. Pero dime, mal aconsejada muchacha, sino es verdad que has dado oído a las palabras amorosas de un mozalvete....

Beatriz.—No puedo negar que amo a un hombre del cual creo ser amada; i si mi buen tio me perdona.....

Don Tiburcio.—Nada tengo que perdonarte, hija mía.

Doña Pascuala.—¡Habrás visto desvergüenza mayor? Ni aun tiene cortedad de confesarlo aquí, delante de todos! ¡Lo que son estas muchachas de hoy dia!

Beatriz.—I qué tiene eso, tia, cuando nuestros fines son i han sido honestos?

Doña Pascuala.—Sí! no puede ménos que ser mui honesto el fin, cuando has estado toda la semana recibiendo cartitas, i sabe Dios si tambien ricitos de pelo i otras cosas que... Ave María Purísima! No me atrevo a hablar de estas cosas delante de este ángel (mostrando a Agustina). Ahí está, Tiburcio: pregúntale si ella es de esas muchachas que andan por encima de sus mayores, con papeletos picados i esquelitas.

Agustina.—I cómo tendria yo valor para recibir una carta de hombre, por mas pintado que fuese, sin manifestársela a usted, mamita? (Voi a quemar al momento el paquete que tengo, puesto que ya de nada me sirve.)

Doña Pascuala.—I para que veas, Tiburcio, que yo no hablo a humo de paja, voi a manifestarte... (*Llama a la criada*) Josefa! Josefa! Tráeme el baulito negro que está debajo de mi catre, junto a mi canasto de costura!

Don Tiburcio.—Está bien, Pascuala: yo no he menester ver eso... Cortemos esta desagradable escena, i déjate de bulla, que yo llevaré a Beatriz.....

Doña Pascuala.—Pero ha de ser hoy mismo, porque este asunto no da tiempo, como lo verás leyendo las tales cartitas... pícaro truhan! Te encargo solamente que las leas para tí, pues no quiero que Agustinita oiga esas liviandades.

Agustina.—Por Dios, mamita! Bastantes pecados tiene una, pare hacerse cargo de los ajenos.

ESCENA IX.

DICHOS, JOSEFA. (*con el baul*)

Doña Pascuala.—(*Riendo*) Aquí está el baulito. Toma la llave, buen tutor, i regálate leyendo los triunfos de tu pupila. (*Toma don Tiburcio la llave, i duda si abrirá o nó el baul; entónces Pancho se acerca a él i le habla un instante al oído.*)

Doña Pascuala.—¿Qué dices, muchacho?

Pancho.—Es que quiero saber de qué crimen se acusa a mi hermana.

Don Tiburcio.—(*Abriendo*). Pues yo digo lo mismo.

Doña Pascuala.—Ya lo verás, incrédulo. No me revuelvas los trapos que tengo ahí... El paquetito está a la derecha.

Don Tiburcio.—(Tomando i viendo una por una las cartas) Ya lo encontré... «Mi querida Beatriz»... «Mi Beatriz»... «Adorada mía».....

Agustina.—Yo me voi.....

Doña Pascuala.—No te vayas.

Don Tiburcio.—«Beatriz de mi corazón».....

Agustina.—Jesus! (*Se tapa los oídos*).

Don Tiburcio.—Todas estas, i ésta... i ésta... i éstas otras son para Beatriz... Pero esta otra para quién es? Aquí dice: «Mi dulce Agustinita».....

Agustina.—(*sobresaltada*). ¿Qué es eso?

Don Tiburcio.—(Riendo) I estas otras tambien... Oigan! Aquí dice: «Mi Cuchita de mi corazon».....

Doña Pascuala.—(A Agustina) ¿Qué es esto, perraza!

Agustina.—Mamita... yo no sé por qué

Doña Pascuala.—Calla esa boca! Con que tambien recibias caritas de él? Sin duda las guardabais ámbas en un mismo lugar i al tomar las de Beatriz, tomé las tuyas tambien.

Pancho.—Eso se llama matar dos pájaros de una sola pedrada, tia.

Doña Pascuala.—Pero si no puedo creer eso... Dame acá, Tiburcio. (Toma una carta i lee) I es la misma letra! qué malvado! qué infame! Lo arañaria con mis uñas.

(A Agustina) Dime, desalmada, esos son los ejemplos que te ha dado tu madre?

Don Tiburcio.—Calla, mujer, i oye; estas cartas de mas abajo están dirijidas a otra persona.....

Doña Pascuala.—¿Qué dices?

Don Tiburcio.—I es la misma letra... Oye: «Encantadora Pascualita de mi corazon».....

Doña Pascuala.—Jesus, María i José! Yo me muero!

Don Tiburcio.—(Leyendo) «Pichoncita mia».....

Doña Pascuala.—Mas ¿cómo han ido a parar esas cartas ahí, cuando yo las tenia... quiero decir, no las tenia, porque es cierto que yo no las tenia, i... no sé dónde tengo la cabeza!... (Estas son cosas de Satanás en persona!...)

Don Tiburcio.—Pero este mozo es un turco... ¡No es nada! cor-tejar a un mismo tiempo a las tres!.....

Josefa.—I a mí tambien, señor don Tiburcio: es un pícaro el tal Fermincito... I lo digo, para que otra vez no sea embustero, i la venga a engañar a una, dándole palabra.....

Don Tiburcio.—Tambien a tí? I van cuatro.

Josefa.—Sí, señor; i en seña, me dió esta sortija, i este rosario, que me dijo estaba con induljencia plenaria... i todo ha sido, sin duda, por que yo lo deje venir aquí cuando doña Pascualita está en el baño todos los dias por la mañana.....

Pancho.—(A don Tiburcio) Yo se lo explicaré todo, tio.

Don Tiburcio.—Já! já! já! No hai necesidad, hombre: lo comprendo todo... Se conoce que es mozo de empresa.....

Doña Pascuala.—Ese hombre es un infame, un traidor, un hereje, un desalmado, un inconsecuente.....

ESCENA X.

DICHOS.—FERMIN (*Entra corriendo*).

Fermin.—Eso sí que nó, mi señora: yo no permito que nadie diga que soi un inconsecuente; i aquí me tiene usted pronto a sostener cuanto he dicho, ya de viva voz, ya por escrito.....

Pancho.—Eso era lo que yo queria! Acuérdate de tus tiempos, *Fermin*!

Doña Pascuala.—(*Encolerizada*) I se atreve usted a presentarse despues de todo lo que ha hecho?.....

Fermin.—Preséntome, señoras, ante ustedes, como un deudor ante sus acreedores... No retiro ninguna de las palabras que he dado... Yo les he prometido mi corazón i aun casarme con ustedes; pero no teniendo mas que una sola persona, no puedo dar a las tres un marido completo. Así es que me presento por quebrado, i hago cesion de bienes.....

Doña Pascuala.—Atrevido! I todavía se burla?

Agustina.—Váyase usted de aquí!

Fermin.—Sí, señoras mías, hago cesion de bienes; i no puede hacer mas un deudor honrado que poner a disposicion de sus acreedores todo cuanto tiene. Aquí estoi todo yo.

Doña Pascuala.—Hombre sin miramiento! Mas no creas, *Tiburcio*, que haya yo recibido esas indecentes cartas.

Agustina.—Talvez las ha inventado *Beatriz*, para.....

Don Tiburcio.—Callen la boca, mujeres sin seso, i no digan mas necedades por disculparse..... Hallan malo al mocito, porque ven que está enamorado de otra. ¿Por qué no lo encontraban lo mismo cuando se dirigia a ustedes? Ahora no les queda mas remedio que reirse del chasco.....

Doña Pascuala.—¡Buena estoi yo para reir!

Don Tiburcio.—Pues hagan cuenta que todo ha sido broma, i, sigámosla ya que estamos en los baños. Con que, tenemos que los acreedores son cuatro, i solamente tres tienen documentos firmados por el deudor... En cnanto a tí, *Josefa*, no tienes mas que hacerte a un lado porque careces de documento en forma; i en estos tiempos, papelito canta, hijita... Ahora por lo que toca a *Pascuala* i a *Agustina*, ellas dicen que sus documentos son falsos... Allá se las avengan, pues cada cual es dueño de renunciar a su derecho, cuan-

